

Marchóse Florencia Carpiquel de la portería. Subió la escalera, y á medida que se acercaba á su cuarto, y lo hacía muy despacio porque tenía miedo de llegar, producian mayor impresión en su ánimo los argumentos de Joquelin, y se preguntó más de una vez si habría asistido á una comedia premeditada en la que Rosa había desempeñado un papel convenido de antemano. Los Agentes la habian dicho varias veces:

—¡Se han burlado de vos!

¡Y esto era cierto ó á lo menos muy verosímil! Desde luego presintió que nadie quería dar fe á sus palabras, lo mismo los Comisarios de Policía que el público, las vendedoras del Mercado que los Joquelin, y ¿de qué manera dar la noticia á la pobre madre?

Resolvió, á ser posible, pasar sin decir nada para pedir consejo á la noche; y al día siguiente, al amanecer, hacer lo más conveniente.

En el momento en que cruzaba el corredor llevando una palmatoria en la mano, porque el gas hacía rato que estaba apagado, abrióse la puerta de las Godin y se presentó Teresa, que la preguntó con voz ahogada:

—¿Y Rosa? ¿Venís sola? Hablad.

—Es... que... es muy... difícil,—balbució Florencia.

—¿Sucedió una desgracia?

El rostro de la pobre madre se descompuso, y la solterona no quiso engañarla.

—Pues bien, si,—dijo resueltamente,—entraremos en vuestro cuarto y hablaremos.

A la una menos cuarto salió Florencia del cuarto de la pescadera. Estaba muy conmovida á pesar de la ceguedad de su alma, y la asustó la silenciosa, pero realmente enternecedora desesperación de Teresa. Esta, de rodillas al lado de su lecho, lloraba amargamente mientras que Anita, tendida boca arriba en su catre y sonriendo, descansaba con ese sueño propio de los niños ó de los justos.

XIII

El castillo de Savigneux-sous-Etiolles es una de esas hermosas residencias de los alrededores de París en las que los modernos Lenôtre dirigieron el arreglo de los parques y los célebres Gabriel las construcciones y su distribución interior.

Para dirigirse á ella hay que tomar el ferrocarril hasta Lieusaint, ese arrabal que hizo célebre el drama del *Correo de Lion*, siguiendo después un camino trazado entre los campos y planicies más ó menos onduladas que se extienden entre Corbeil y Lieusaint, y á medio camino, hacia Etiolles, se toma á la derecha internándose en una avenida de olmos seculares.

Al final de este paseo, y comó á unos quinientos metros, se encuentra una tapia de seis á siete pies de altura en la que se atre una verja monumental coronada por antigua corona, de la que desapareció el dorado con las injurias del tiempo.

Respetáronla en aquel sitio y en semejante estado, no porque se relacionase en lo más mínimo con los orígenes mucho más humildes de los antepasados del almirante Kerhoët, sino como recuerdo puramente histórico.

La condesa de Kerhoët había comprado hacía algunos años, cinco ó seis á lo sumo, aquel antiguo castillo que perteneció á la marquesa de Pompadour, y de la célebre Marquesa era la corona que adornaba la puerta.

En ese sitio era donde debían desarrollarse las últimas escenas del drama que narra-mos á nuestros lectores.

Al otro lado de Etioilles elevábase el bonito castillo de Vilesnes, propiedad de la duquesa de Rouévres, y el apeadero de caza del Marqués de Breynes; un pabellón muy sencillo y sólido llamado Roigny, se levanta en los límites de la selva de Senart, pero al otro lado, hacia el Norte y á unas tres leguas, poco más ó menos, de los castillos de Vilesnes y Savigneux.

El 13 de septiembre, y al salir de la casa de Mondetour, fue á Savigneux, á donde se dirigieron Marta y Jorge, y en la estación de la línea de Lyon reuniéronse con la Con-

desa y Benita, que habían ido allí directamente desde el hotel.

El Almirante, al que sus ocupaciones no permitían salir por el momento de París, habíase propuesto marchar al día siguiente á Savigneux.

Los duques de Rouévres estaban ya en Vilesnes. En el rostro de la Condesa revelábase una gran alegría porque creía llegar al término de sus penas, pues al separarse de ella habíala prometido el Almirante devolverla á su hija á los dos días y que muy pronto la enteraría de todo.

Creía que el castigo había borrado la ofensa. Imaginábase así Valentina y se figuraba que de nuevo podría apoyarse en el brazo de aquel hombre al que adorara durante su juventud, y confiaba en que reconquistaría su estimación y cariño, pudiendo querer también á su hija, pagándole con usura esa ternura maternal de que se había visto privada.

Desde el día en que hizo esa confesión, el Almirante y el Duque seguían viéndose tan tranquilamente como antes, y al parecer nada había cambiado entre ellos. Inquietaba esa calma á la Condesa, tanto como la que precede á los grandes huracanes, y por más que vigilaba, hasta entonces no había podido descubrir ningún indicio de que se preparasen trágicos acontecimientos, y entre un peligro incierto y la felicidad asegurada, la balanza se inclina con desigualdad.

Recibió á Jorge y á Marta como á hijos

queridos, á lo que la segunda podía decirse que no estaba acostumbrada.

—Creía que no veníais hoy,—dijo la Condesa con acento impaciente,—váis á llegar tarde.

Al arrancar el tren excusóse Jorge diciendo que se había dejado arrobar por el encanto de una conversación agradable que no acababa nunca, y después describió el interior de la casa de las Godin.

—¡Pobres mujeres!—dijo á su madre.—¡Si vieséis cuanto se quieren y qué encantadora es la hija!

Acordóse en aquellos momentos de Florencia.

—¿No habéis conocido ó tratado alguna vez,—preguntó á la Condesa,—á una costurera ó modista que llevaba un apellido muy raro? Quizás será alguna que se apellidase Carpiquet ó Carpinet.

—¡Carpiquel!

—¿No os acordáis de una Carpiquel? De Florencia,—añadió insistiendo la provenzala.

—¡Ah! En efecto, ahora recuerdo, me parece que...—dijo la señora de Kerhoët.

—Una cara de garduña,—observó Benita.

—¡Retrato perfecto!—contestó Jorge.

—Pequeñita, delgada y seca, y más aplastada que un lenguado.

—¡Sí! ¡Vais bien!

—¿Y que la pasa?—preguntó la Condesa.

—Que estaba en casa de la Godin. Es vecina de éstas y vivió tranquilamente de

sus rentas en una habitación inmediata en el mismo corredor y en la puerta de enfrente. Al verla me dije que había visto su cara en alguna parte, pero no sabía dónde y fue en vuestra casa, madre mía, cuando yo era un niño.

—Pues á la cuenta pensaba una cosa y decía otra,—dijo la provenzala,—porque sostenía que no tenía ahorros.

—Sin duda habrá heredado,—replicó Jorge,—porque en el mundo se ve más de un caso.

Quedóse pensativa la condesa de Kerhoët, y no se estremeció al acordarse de los diez mil francos que había dado á Florencia para comprar su silencio, sino porque de pronto ocurriósele otra idea.

Florencia era la que debía haberla hecho traición, siendo la única que pudo revelar á su esposo la falta cometida y el lugar en que se ocultaban.

Entregóse á estas reflexiones aún confusas, y en el momento en que el tren se detenía en la estación en su posesión de Lieusaint, aún no había podido precisar sus pensamientos.

Un *breck* con un magnífico tronco de caballos esperaba á la puerta de la estación de Lieusaint á la Condesa y á su séquito.

Emplearon muy poco tiempo en recorrer la distancia que media entre Lieusaint y Savigneux, y á los pocos minutos llegaron á la verja que cerraba el paseo de los Olmos, y el *breck* rodó por el mismo camino que un si-

glo antes recorriera más de una vez la dorada carroza de la Pompadour, escoltada por los cortesanos de su grandeza, de su ingenio ó de su escandaloso poder.

El castillo de Savigneux se parece mucho á Trianon, que casi tiene la misma extensión, y lo que es lo más notable en él son los edificios levantados sobre un terraplén que forma un cuadrilátero, y rodeado de parteres y macizos de flores cuidados con un arte que es difícil aventajar porque todo el mundo sabe que los jardineros parisienses son los primeros.

El conjunto no puede ser ni más monumental ni más artístico, pues á lo lejos la vista descubre un horizonte bastante extenso, al que las ondulaciones del Sena dan un aspecto pitoresco en más de un sitio.

El castillo tiene acceso por dos puentes de ocho ojos cada uno, tendidos sobre el estanque.

Savigneux es una residencia propia de los opulentos de la tierra, uno de esos paraísos que hacen soñar á la imaginación más tranquila y que dan idea de todas las felicidades terrenas.

En el momento mismo en que el *breck* se detuvo ante la escalinata de seis gradas de mármol blanco que con las inclemencias de los vientos del Oeste, húmedos y fuertes, habíase tornado gris en vez de volverse amarillo, como sucede bajo el cielo azul de Nápoles ó de Roma, inclinóse la Condesa al oído de Marta, que estaba á su lado, diciéndola:

—Os espero en mi cuarto, hacedme el favor de ir en seguida.

—Iré, señora.

—Id á mi gabinete.

Hallábase situado en el piso bajo.

En Savigneux no hay sobre el piso bajo más que otro no muy elevado, en el que existen numerosas estancias destinadas á los huéspedes y á los criados que deben prestar un servicio inmediato.

El gabinete de la Condesa tenía un aspecto delicioso á la par que de elegante sencillez, con sus paredes cubiertas de maderas talladas y pintadas de blanco y adornadas con finisimos filetes de oro. En el centro de esos tableros veíanse algunos medallones representando desconocidas Marquesas de empolvada peluca y labios sonrientes. En el techo, que imitaba el firmamento azul, y enlazados por guirnaldas de rosas jugueteaban algunos rechonchos cupidillos debidos al pincel de algún discípulo de Bocher. Todo revelaba buen gusto y refinada elegancia, formando el conjunto un nido á propósito para unos amores regios.

Desde la época en que Valentina de Kerhoët adquirió el castillo de Savigneux, puede decirse que más veces había llorado que sonreído.

Al entrar en el cuarto de la Condesa latía á Marta el corazón con más fuerza que de costumbre, y se preguntó con ansia qué tendría que decirle cuando hacía tanto tiempo que no la hablaba. Tranquilizóse, sin em-

bargo, muy pronto al ver que la Condesa sonreía indicándola con la mano un sillón para que se sentase.

Por más que Marta usurpaba el puesto que pertenecía á otra, no sentía Valentina hacia ella ningún rencor, porque contemplando su rostro angelical recordaba las secretas alegrías y las horas de consuelo que la debía. Y ¿no era Marta su propia obra? ¿No la había educado velando por su infancia y asegurado su posición? ¿Quién era capaz, por otra parte, de no amar á esa criatura encantadora, dotada con todos los dones del talento y del corazón y al mismo tiempo tan modesta, sencilla y resignada?

Por una de esas rápidas intuiciones que á veces se tienen, creyó que había adivinado después de oír el nombre de Florencia Carpiquel cual era el proyecto del Almirante.

La historia de la venganza se desarrolló con toda claridad ante sus ojos, y con trabajo repentino recordóla su memoria una porción de detalles y de hechos á los que hasta entonces no había dado la menor importancia.

El Almirante, deseoso sin duda de que su venganza no fuese tan cruel, había colocado al lado de Rosa para vigilarla y para que pudiese enterarle de lo que hacía. En una palabra, que en vez de arrojarla en el torbellino del mundo habíala colocado bajo la salvaguardia de esa mujer que debía tenerle al corriente de lo que pasase alrededor de Rosa.

¿Quién era capaz de asegurar que esa repentina revelación de su espíritu no era un espejismo engañoso producido por el deseo!

—¿Visteis, hija mía,—dijo la Condesa,—á esa Florencia de que mi hijo habló en el tren?

—Sí, señora.

—¿Qué clase de persona es?

—Una vieja muy limpia y muy bien cuidada.

—¿Qué aire tiene? ¿Bueno ó malo?

—Los dos.

—¿No os fiaríais de ella?

—Quizás no.

—Creo que obraríais con buen acuerdo.

A cada momento figurábasela que estaba más segura de la traición de Florencia desde el momento en que se le ocurrió esa idea.

—Y... las otras, ¿qué os parecieron?

—¿Quiénes? ¿La señora Godin y su hija?

—Sí.

—Una pobre mujer muy animosa y que ha debido pasar muchas penas. Rosa habla de ella con mucha ternura.

—Rosa...

—Es su hija.

—Sí, ya lo sé, ¿siempre fuisteis amigas?

—Sin duda, y además, hemos nacido el mismo día...

Esforzóse la condesa de Kerhoët para disimular su emoción.

—¿Qué tenéis, señora?—preguntó Marta.

—Nada, ¿decís que sois de la misma edad?

—Sí, ¿no lo sabía la señora Condesa?

—No me había fijado en ese detalle.

—No tiene nada de particular, porque no debe interesaros.

—¿Y esa Rosa nació en la granja de su abuelo?

—Sí, señora.

—¿Y luego os criasteis en el mismo sitio?

—Sí.

—¿En la aldea de Fresnes?

—Sí, señora.

—¿El doctor Montel fue quien se encargó de atender á vuestro cuidado?

—Sí, señora, el doctor Montel venía á visitarnos lo menos una vez al mes, y me parece que le estoy viendo aún con su cabello blanco y sus grandes botas de montar.

—¿Os quería mucho?

—Sí, señora.

—¿No tenía preferencias?

—Sí, por lo que pude observar á medida que crecíamos, su favorita era Rosa. Pero eso no tiene nada de particular, —apresuróse á decir la señorita de compañía, —porque cualquiera habría hecho lo mismo en su lugar, y vos también si hubieseis visto á Rosa, ¡qué criatura más preciosa era á los ocho años! Yo siempre estaba enferma y quejándome, y ella parecía un querubín.

La condesa de Kerohët se llevó la mano á la frente que humedecía frío sudor. No era posible que dudase, y á no detenerla la vergüenza, habría mandado enganchar para que la llevaren á la estación y poder tomar el tren para regresar á París y dirigirse in-

mediatamente á la calle de Mondetour, pero ¿cómo explicar aquel precipitado regreso?

¡Cuánto hubiera dado por verla y estrecharla entre sus brazos!

Los acontecimientos que se precipitaban iban á hacer que se realizase el deseo de la pobre madre, pero de una manera muy distinta de lo que se figuraba.

XIV

La noticia del rapto de Rosa produjo un efecto indescriptible en el Mercado. A la noticia siguió un verdadero fuego graneado de bromas y dicharachos.

—Ved lo que son las cosas, —dijo Clara á la Brejot; —ya se acabó el querernos hacer comulgar con ruedas de molino. ¡Que duden ahora si quieren! ¡Obras son amores!...

—No está muy claro aún, —replicó la obesa vendedora, pero á sus palabras faltábales la fuerza de la convicción.

—¿Y qué es lo que no está claro?

—¡Lo que pasa!

—¡Bah! Decís eso porque sois de buena pasta, que no me digan que robaron á la fuerza á una mujer á la que esperan con un coche, que ocupa un asiento sin que tengan que rogarla mucho al lado de un caballero,

mientras que el lacayo da un puñetazo en el pecho á la señorita Carpiquel que les estorbaba, ¡y el coche echa á correr sin que esa señorita asome siquiera la cabeza á la portezuela! ¡Y después no se ha sabido nada! Era una gazmoña que sabía engañaros á todas, y creedme, os hablo con el corazón en la mano, no os tengo mala voluntad, madre Brejot, por lo de los peces que me echasteis á la cara; pero en cambio, confesadme que era muy capaz de hacer tragar el anzuelo á cualquiera y de pasar gato por liebre y melones por cidras.

—Está bien, esperemos al final.

Hasta las más amigas de Rosa empezaron á perder la fe y la causa de la *Rosa del Mercado*, andaba tan por los suelos, que no encontraba defensores.

La noticia del rapto de Rosa circuló con la rapidez del rayo durante el acto de la subasta, en donde Hipólito, obrando sin malicia, enteró á algunos de sus conocidos. Daba lástima contemplar al buen hombre que la vispera había esperado en casa de las Godin, y comiendo con Teresa y Anita, el regreso de Rosa, y pasaron las horas sin que pareciesen ni ésta ni la señorita Carpiquel.

En vano hizo Hipólito esfuerzos para conciliar el sueño, pues no lo pudo conseguir, porque ni un solo instante pudo apartar de su memoria el recuerdo de Rosa.

A las cinco se levantó y se dirigió á casa de Teresa. La desventurada madre, que había pasado la noche sentada en una silla, te-

nia los ojos secos y enrojecidos de tanto llorar. Desde casa de Teresa marchóse Hipólito al Mercado, en donde encontró á Meraud que había madrugado mucho, como si hubiese presentado una desgracia.

Al ver el ex corredor el rostro trastornado de Hipólito y sabiendo el cariño que profesaba á las Godin, comprendió inmediatamente que debía haber ocurrido algún fracaso á estas. Detúvose é interrogó mañosamente á Hipólito, que le detestaba, pero aunque normando el mozo de cordel, no tenía nada de astuto, y dejó escapar algunas palabras que pusieron al otro sobre la pista.

Meraud tenía todas las condiciones de un buen sabueso, y con una huella fresca era capaz de seguir á un ciervo en el bosque, y en cuanto oyó á Hipólito, marchóse á la calle de Mondetour en donde interrogó al portero, que se levantaba en aquel momento de la cama. Se enteró allí de toda la conversación sostenida la vispera por Florencia Carpiquel, y no hizo más que una pregunta:

—¿Y después no se ha sabido nada?

—Nada.

—Pues entonces han cortado las hilas, amigo,—dijo.—El pájaro tomó el vuelo, y lo que es si vuelve lo hará sin algunas plumas.

Castañeteó con fuerza la lengua, y se dió una fuerte palmada con la mano extendida tras la nuca.

—A pesar de todo, será un buen bocado,—añadió.—¡Vamos, qué habrá para satisfacer á cualquiera! ¿No es verdad, Joquelin?

El portero se pasó el índice por debajo de las narices, silbó y dijo:

—¡Camastrón!

Volvióse Meraud al Mercado, y á los cinco minutos no se hablaba en todos los grupos más que del gran acontecimiento del día, de la desaparición de Rosa.

Ladurin fue uno de los que primero se enteró, y puede asegurarse que el desgraciado recibió un golpe terrible en el corazón, pero ni por un solo momento desconfió, y si creyó en una desgracia incomprensible, mas no en una falta. Desde el primer momento en que se supo lo ocurrido quiso marcharse á casa de Teresa, pero no podía abandonar su puesto impidiéndosele su deber, que le obligaba á no separarse de allí antes de las once.

Sufrió horrorosas ansiedades, y hasta entonces no había sufrido emociones tan dolorosas. ¿En dónde estaba Rosa? ¿En qué emboscada había caído ésta y cómo cayó?

El ex corredor estaba sumamente animado, recorriendo todos los grupos, deslizándose una palabra al oído de uno, cambiando una sonrisa con otro.

—¿No llegará un día en que pueda aplastar bajo mi pie á ese buitre venenoso?

A las nueve de la mañana ocurrió una escena que habría podido ser cómica á no intervenir en ella una madre cuyo lacerado corazón sufría de un modo atroz.

La señorita Carpiquel, deseosa de luchar, ó más bien de librarse de una responsabilidad cuyas consecuencias temía, consiguió

que Teresa la acompañase á la oficina del Comisario. Fuéronse á la Comisaría y sólo encontraron al Secretario y á una media docena de querellantes que esperaban pacientemente sentados en los duros bancos de la sala de entrada á que los despachasen.

Entre los que esperaban veíanse mujeres harapientas con los ojos hinchados y tez ajada, vagabundos citados allí para que diesen cuenta de su vida y milagros, un cochero que tenía que quejarse de un parroquiano, en una palabra, los desperdicios de los Juzgados y las miserias de baja estofa.

Cansada de esperar, hizo la señorita Carpiquel un esfuerzo para acercarse á la mesa del Secretario y tuvo que replegarse en desorden.

—¡Idos á sentar!

—Pero es que...

—¡Que os sentéis he dicho!

Dijo el funcionario y ni siquiera se dignó mirar á la solterona.

A las nueve y media se presentó el Comisario, que con una rápida y escrutadora mirada examinó á los que aguardaban, y se fijó al cabo en las dos mujeres.

—¿Qué es lo que deseáis?—preguntó á la señorita Carpiquel.

—Un negocio muy grave.

—Entrad ahí,—contestó el Comisario señalando la puerta de su despacho.

Antes de entrar en él cambió unas cuantas palabras con el Secretario y luego siguió á las dos mujeres. El funcionario instalóse

ante su mesa y cogió un cuchillo de cortar papel, con el que se puso á jugar.

—¿Qué es lo que deseáis?—preguntó.

Apresuróse la señorita Carpiquel á decir cuales eran sus nombres y condiciones sin dar muestras de cortedad, así como los de su compañera, que permanecía atónita y muda como si hubiese sufrido repentino ataque de afonía.

El Comisario se cansó, perdiendo la paciencia á las pocas palabras.

—¿Sois la madre de esa joven?—preguntó dirigiéndose á Teresa.

—Sí, señor.

—¿Sois casada?

—No, señor.

—¿Y tenéis una hija?

—Sí, señor.

—Pues os felicito, ¿sois partidaria de las uniones libres?

Avergonzada Teresa inclinó la cabeza.

—Creo que vuestra hija participa de esas mismas ideas. Esto es todo lo que puedo comprender del galimatías que me estáis contando.

—¡Galimatías!—replicó Florencia Carpiquel con mucha dignidad y creciéndose.—
¡Lo que os decimos es la pura verdad!

—¡Vamos! ¿Creéis que es tan fácil llevarse en un coche y á las diez de la noche á una muchacha de veinte años, si ésta no quiere que la lleven? ¿Gritó?

—Así lo creo.

—¡No estáis segura!

—He recibido un golpe.

—¿Un golpe?

—Sí, creo que fue un puñetazo.

—¡Ah! ¡Lo creéis! Lo mismo que se os figuró oír el grito. Este es un negocio que más se parece á una escena de sainete que á otra cosa, y no habría ningún inconveniente en darle el título de *el rapto cómico*. Esperad.

Apoyó el dedo en el botón del timbre, é inmediatamente se presentó el Secretario, llevando la pluma detrás de la oreja.

—Escuchad, Brunet,—le dijo el Comisario,—¿no tenéis la costumbre de iros á pasear por el Mercado?

—Todos los días.

—¿Conocéis el personal?

—A fondo.

—¿A las muchachas jóvenes?

—A esas sobre todo, porque es más agradable mirarlas que contemplar las cajas de las arrugadas ciruelas pasas.

A la señorita Carpiquel se la figuró que el Secretario la miraba burlándose de ella.

—¡Insolente!—pensó.

—¿Oisteis hablar alguna vez de una tal Rosa Godin?

—Todas las mañanas paso por el lado de su puesto.

—¿Qué tal es? ¿Es guapa?

—¡Buena! ¡Hermosa mujer!

—¿Y qué os pareció bajo el punto de vista moral?

—Que el día menos pensado se cansaría

de trabajar, pero esto no pasaba de ser una figuración mía.

—Pues parece que ya lo hizo.

—No me extraña,—respondió el Secretario, que iba añadir:—y en su lugar...—Pero se calló.

—Sí, y si se ha de creer lo que dicen estas mujeres, ha sido víctima de un rapto.

—¿Cómo?

—Se la llevaron en un coche desde los Campos Eliseos.

—¿Quién?

—Un Marqués.

—¿Tiene buen gusto á fe mía! ¿Me permitis que os pregunte cómo se llama?

—El marqués de Breynes.

—Me parece que conozco ese nombre, ¡ya caigo! Es un pariente de los duques de Rouévres, y además, está emparentado con lo más escogido de la nobleza.

—¿Rico?

—Dicen que sí.

—¿Qué edad tiene?

—Me preguntáis más de lo que llegó á mi noticia. Sé únicamente que existe un marqués de Breynes perteneciente á la nobleza más antigua, y á eso se reduce todo.

La señorita Carpiquel creyó que debía aprovechar la ocasión para decir una palabra, y más cuenta la hubiera tenido callarse.

—Unos treinta y cinco años,—dijo.

—Esa es precisamente su edad, ¿le visteis? ¿Qué tal es?

—No tiene mal aspecto, y hay que con-

fesar, que más bien es muy distinguido.

Por los descoloridos labios del Comisario vagó una sonrisa indefinible.

—¿Os parece que el Marqués necesitó apelar á la violencia para llevarse á esa joven?

—Como broma no me parece de buen gusto. ¡Violencia! ¿Y quién lo pretende?

El Comisario inclinó la cabeza.

—¿No es verdad que es un absurdo?—dijo.

—Convendría mandar á esas mujeres á casa de un Médico alienista para que las examinase,—dijo Brunet.

—Esa era mi opinión,—contestó el Comisario.—Podéis retiraros.

—¿Os juro que hubo violencia!—dijo la desventurada madre.—¡Rosa era una muchacha honrada incapaz de faltar á su deber!

—No diré que no, ni que sí.

—Incapaz de marcharse de casa sin decirme lo.

—Todas las madres dicen lo mismo.

—¿Y el puñetazo que recibí? ¿Y esa brutalidad de que fui víctima?

—Según dijisteis antes, ni siquiera estáis segura de haberlo recibido.

—¿Que no estoy segura!

—Vos misma lo dijisteis. De todo lo que me habéis contado sólo creo una cosa, y es que se burlaron de vos.

—¿Las mismas palabras de Joquelin!

—¿Os negáis á protegernos, señor Comisario?—exclamó la solterona acercándose á la mesa.

—No es cierto que me niegue en absolu-

to, y una prueba de ello es que voy á ordenar se hagan algunas investigaciones. Decís que existe un rapto, probadlo, que una violencia, demostradlo. Este asunto está terminado, podéis retiraros.

Quiso insistir Florencia, y el Comisario llamó á Brunet, que era, al parecer, el eje donde descansaba todo aquel mecanismo.

—Hacedme el favor de procurar que se vaya esa vieja loca,—dijo con dulzura.

—¡Vieja loca!—repitió la solterona tan furiosa como una pantera á la que se quita sus pequeñuelos.—¡Y á esto lo llaman justicia!—dijo dando prudentemente media vuelta sobre sus talones.

Teresa, poseída de profunda desesperación, habíase retirado ya comprendiendo que no podía esperar nada de aquellos representantes de la Justicia, que estaban más dispuestos á convertir en chacota sus quejas que á tomarlas en serio.

El Comisario hizo una seña á Brunet para que se quedase.

—De modo,—dijo,—¿que era muy linda esa chica?

—¡Linda! ¡Ya lo creo! Como que hubiera sido muy difícil encontrar en el barrio otra que se le pareciese.

—¿La rondabais?

—¡Bah! Como todo el mundo; era LA ROSA DEL MERCADO, la Rosa de la pescadería, señor Comisario.

—A estas horas es de temer que haya perdido algunas hojas.

—¡Ah! ¡Qué suerte tuvo ese pillo de Marqués! Os aseguro que habría dado de buena gana una quincena de mis honorarios por encontrarme en su lugar.

—¡Tunante!

Volvióse Brunet á la primera sala para escuchar con su acostumbrada indiferencia las quejas de las mujeres á las que habían pegado sus amantes ó maridos, de las compradoras á las que engañaran en el peso los vendedores, ó de los inquilinos á los que habían insultado sus posteros.

XV

A pesar de no parecer verosímil el rapto de Rosa, no por eso dejaba de ser cierto; lo que había era que se había llevado á cabo con tal rapidez, que Rosa no había podido lanzar más que un grito en demanda de socorro; ese grito que Florencia Carpiquel, aturrida aún por el puñetazo que recibiera en medio del pecho, adivinó más bien que oyó.

En uno de los asientos del landó y al otro extremo de la portezuela, abierta por el Marqués, hallábase un hombre que tenía en las manos un grueso pañuelo de seda con el que amordazó rápidamente á la desgraciada joven, mientras que el Marqués saltaba á su

lado y la sujetaba, después de haber cerrado la portezuela y levantado las persianas de caoba que tenía el coche.

Para llevar á cabo todas esas maniobras, aprovechó el Marqués de Breynes un momento en que no había nadie ó casi nadie en las avenidas de los Campos Eliseos.

La empresa se llevó á cabo en menos tiempo quizás del que se necesita para contarlo, y antes de que ocurriese el hecho no se presentó ningún indicio que pudiese llamar la atención de la señorita Carpiquel ó de Rosa. El Marqués se mostró con ésta más desinteresado y sumiso que en todas las entrevistas anteriores, y al oírle hablar con tristeza, pero con resignación, de su amor mal apreciado y no comprendido, Rosa no pudo menos de abandonar algunas de las prevenciones que le inspiraba.

En el momento en que el coche arrancó y se vió reducida á la impotencia, intentó resistirse, pero pronto comprendió que la lucha era imposible y que había caído en una emboscada.

Hallábase en la mayor obscuridad y no podía hacer tampoco ningún movimiento. Oyó que decían á su lado con voz conmovida:

—No temáis nada, estáis aquí tan segura como al lado de vuestra madre. Os amo con toda mi alma, Rosa, pero os juro que por lo mismo os respeto mucho.

Quedóse inmóvil escuchando con mucha atención y procurando estudiar todos los rui-

dos rumores que llegaban hasta ella.

Desde el momento en que echó á andar el carruaje y á excepción de las palabras que dijera el Marqués á Rosa para tranquilizarla, nadie había despegado los labios. El landó seguía corriendo con una velocidad que no se amenguaba lo más mínimo, sino que por el contrario, muchas veces iba en aumento pareciéndole á Rosa que esto era cuando el camino atravesaba por aldeas ó villorrios dormidos y sombríos, porque eran más de las doce, y á pesar de eso proseguían aquella carrera desenfrenada de la que la pobre joven no sabía cuando iba á terminar. Llegó un momento en que el coche abandonó los campos y se internó en el bosque, y un aire frío y húmedo hizo estremecer á Rosa, que llevaba un traje no muy grueso, y empezó á tiritar.

El Marqués se apresuró á abrigoarla con una manta de viaje diciéndola al mismo tiempo al oído:

—Llegaremos pronto.

Bajó las persianas y la luz de la luna, que estaba en su cuarto creciente, iluminó á través de los cristales el interior del carruaje.

El camino serpenteaba entre dos elevados muros de oscuro y sombrío follaje, y al cabo descubrieron algunos paseos mal cuidados que atravesaban varias incultas praderas, y los caballos detuviéronse á dos pasos de un vetusto edificio del que Rosa no pudo distinguir la forma hasta que se apeó.

Era un edificio de piedra picada y rojos la-

drillos, de tres pisos y terminada con una especie de torre cuadrada. El parque debía estar en medio de los bosques, porque por todas partes rodeábale éste como á los cotos de la Baja Normandía con sus malezas de ojaranzo y de abedul, y las añosas encinas que todo lo dominaban.

Una sola y rápida mirada bastó á Rosa para examinar todo aquel conjunto.

A la puerta de un amplio vestíbulo aguardaba un criado con un candelabro en la mano. El Marqués, que al atravesar el bosque quitó á Rosa el pañuelo que la tapaba la cabeza, cogióla de la mano diciéndola:

—¡Pasad!

Rosa obedeció, porque una negativa habría sido inútil por otra parte, y no tenía fuerzas para defenderse contra el Marqués y los dos hombres que le acompañaban.

El criado que llevaba el candelabro abrió de par en par las dos hojas de una puerta que daba al vestíbulo, encendió las velas de otros dos grandes candelabros colocados sobre una antigua chimenea tallada de severo estilo, y después de pegar fuego á un haz de leña seca colocada en el hogar bajo unos cuantos leños, se retiró sin decir una palabra y cerrando tras sí las puertas.

Acercó Roberto un sillón de elevado respaldo al fuego que llameaba con alegre y ruidoso chisporroteo iluminando sus llamadas los muebles de aquel salón en que se hallaban reunidas una porción de antiguas chucherías que demostraban la pasada opu-

lencia del propietario. El salón tenía en conjunto un hermoso aspecto y sus proporciones eran grandiosas.

—¿En dónde estamos?— preguntó Rosa con acento breve.

—No tengo ningún motivo para ocultároslo. Estáis en mi casa, en un apeadero de caza muy conocido de mis amigos.

—¿Y por qué me habéis traído aquí?

—Porque os amo.

—¿Y la violencia es un medio de probar el cariño á una mujer?

—Creo que sí, sobre todo, cuando esa mal inspirada mujer se obstina en desconocer la pureza de un sentimiento como el mío y se niega á comprender que antes que en la dulzura del amante en lo que sueña es en su propia felicidad, que trato de conseguir.

—¿Aunque sea en contra de su voluntad?

—¿Y qué importa que sea así, si más tarde debe bendecir esa violencia?

—De la que alguien puede pedir os cuentas.

—¿Sois tan inocente? ¿A quién podría ocurrírsele? ¿En dónde está esa violencia? ¡Reflexionadlo!

—¡Me parece que lo que se ve!...

—Muy bien puede ser una ilusión. Razónamos. Acudisteis á la cita, que, á poderos ver, os habría pedido de rodillas; y hablamos casi con ternura y por un momento figuróseme que os conmovíais cuando os exponía esa pasión tan profunda y tan verdadera como exclusiva que me inspirasteis, y que, aun cuando lo supiese, no podría

arrancar de mi corazón. ¿Queréis decirme en dónde veis una violencia, ó al menos,—añadió con maliciosa sonrisa,—en dónde puede encontrarla la Justicia, dispuesta á desconfiar y á mirar con ojos recelosos atentados de esta naturaleza?

—¡Ah! ¡Sea! Vuestro plan es, sin duda, muy hábil. Cuando salga de esta casa ningún hombre honrado querrá mirarme á la cara. Esta aventura influirá mucho en mi porvenir, lo comprendo, pero, ¿qué salís ganando?

—¿Qué gano?

—Sí.

—Desde luego el poder explicarme con entera libertad, con el corazón en la mano, y sin testigos, lo que no podía hacer en París, en medio de una multitud de curiosos, entre vuestras amigas del Mercado, ó al lado de vuestra madre ó de esa guardiana que en mal hora quisisteis que os acompañase.

Con inquieta mirada observaba el Marqués las impresiones de Rosa, que se revelaban en los rasgos contraídos de su rostro, dominándole al hacerlo una inquietud punzante por que aquella era la última partida que jugaba, y quería á todo trance ganarla valiéndose de todos los medios imaginables.

—Estáis muy cansada,—dijo con voz casi tierna,—y si queréis, podemos dejar esta conversación para mañana.

—Como queráis,—dijo Rosa con indiferencia,—puesto que estoy en vuestro poder y sólo saldré de él cuando vuestro capricho

ó la casualidad me libren. La prisión es muy hermosa y haría mal en quejarme, porque no estoy acostumbrada á tanto lujo, ¡qué dichoso debéis ser poseyendo la riqueza, y cuánto poder dá ésta! ¡Con la riqueza se puede hacer todo, hasta arrancar á su madre á una hija que no quiso acceder á un capricho aniquilando así sus esperanzas, su honra y porvenir! ¡Todo eso puede hacerlo el que tiene dinero!

—¡Con qué amargura os expresáis!

—¡Qué! ¿Os figurabais que os iba á bendecir por la acción tan baja que cometisteis?

—¡Os amo, Rosa! ¿Acaso no perdona una mujer las locuras que el amor hace cometer? ¡Os adoro!

—¿Y si yo amo á otro?

—¿Vos?

—¿Y por qué no?

—¡Es imposible! En medio de la gente que vivís sólo podéis tratar á hombres que no son dignos de vos.

—¿Cómo los juzgáis, señor Marqués? ¡Qué! ¿Creéis que es posible encontrar entre ellos alguno capaz de idear un plan como el vuestro? ¿Suponéis que porque un hombre no encontró entre sus mantillas un título de nobleza y un montón de oro carece de corazón, de inteligencia ó de talento? ¡Bah! ¡Los conozco yo mucho mejor que vos, vivo entre ellos desde que era una niña, y sé que los hay mucho más decentes que vos bajo la americana de un dependiente ó con el mandil de carnicero!

La rabia hizo centellear la mirada del Marqués pero se contuvo.

Sintió Rosa que una lágrima titilaba en sus pestañas, lágrima que la arrancaba la cólera al verse á merced de aquel hombre, y que no tenía ni un arma ni un amigo para defenderse. Habíase acordado de Ladurin, sí, y el nombre del más fiel de sus amigos fue el primero que acudió á su memoria, y tuvo deseo de gritar:

—¡Ven en mi auxilio, tú que jamás dudaste de mí y á quien siempre hallé pronto á salir en mi defensa! ¡Ven!

Estaba empero muy lejos y no podía oírlo.

El Marqués conocía mucho á las mujeres y había dicho con sobrada razón que las mujeres perdonaban con facilidad las faltas que por ellas se cometen.

—Estáis irritada conmigo y tenéis razón, Rosa; soy un gran culpable, pero no pude obrar de otro modo que lo hice, pues cedí á los impulsos de la pasión que me irrita, me turba y háceme olvidar el resto del mundo. Permitidme que os acompañe á vuestro cuarto, y así podréis pensar en mí hasta que despertéis y me diréis lo que hayáis decidido y os juro que me someteré á vuestra voluntad. Venid.

Vaciló Rosa un momento, miró á todas partes con temor y sin saber qué hacía púsose en pie.

Atravesaron otra vez el vestíbulo tan sombrío como una tumba, y subieron la escalera hasta llegar al primer piso.

Con el descansillo de la escalera comunicaba un largo pasillo en el que se veían numerosas puertas.

El Marqués, que cogiera un candelabro de los de encima de la chimenea, precedía á Rosa, abrió una puerta y entró delante de ella en una habitación muy grande, tapizada de cretona color rosa, en cuyo centro y frente á la chimenea veíase un gran lecho cuadrado.

—Aquí estáis en vuestra casa,—dijo el Marqués,—y podéis creerlo tan segura como en una iglesia.

Y bajando la voz como si tuviese que dominar su emoción, añadió:

—Esta era la habitación de mi madre.

Quiso coger una mano á Rosa, pero ésta le detuvo con un gesto altanero.

—¿Vais á ser siempre tan implacable?—murmuró suspirando.—La noche es buena consejera, y estoy seguro de que al cabo os convenceréis de que nadie puede amaros como yo.

Encogióse Rosa de hombros y no le contestó.

Marchóse el Marqués y á Rosa se le oprió el corazón al oír rechinar la llave en la cerradura, ¡estaba encerrada!

Preguntóse entonces qué destino era el suyo y por qué no la dejaban vivir en paz, lo mismo que á sus compañeras del Mercado, cuya monótona existencia estaba al menos asegurada. Persegúiala una mala suerte muy visible, unos dábanla pruebas de un rencor

inmerecido, como sucedía con Mereaud, y otros de un amor que no solicitaba. Desconfiaba, sin embargo, no comprendiendo que su sola belleza fuese bastante para inspirar tan gran pasión, y allí en donde tantas otras habríanse dejado engañar por su vanidad, su modestia la defendía.

Roberto de Breynes, á pesar de su incontestable habilidad, á despecho de su larga experiencia en materia femenil y de sus talentos de seductor, no había podido convencerla y arrastrarla.

El rapto no produjo en Rosa los efectos que esperaba el Marqués, y en el fondo no le tenía miedo, pues era demasiado valiente para dejarse abatir por el primer golpe. En aquellos momentos hubiera deseado poseer una amiga, y no tenía ninguna, y la violencia inesperada del Marqués y de sus cómplices habíala sorprendido. No la dominaba el miedo, sino el temor de perder su reputación, y pensaba en los Ragueneil, cuyo desprecio tenía al fin un motivo en qué fundarse, en Ladurin, al que no podía menos de abandonar á sí mismo, y más que nadie en su madre, que estaría pasando mortales angustias creyéndola quizás tan perdida como otras que conocía.

La luz de las bujías iluminábalo todo con una claridad que la tranquilizaba, pero no debían durar mucho rato, y Rosa aprovechóse de su luz para examinar la habitación y echar los cerrojos de las puertas.

La habitación inmediata á la que ocupaba

era un gran cuarto tocador en que halló muchos perfumes y objetos de lujo, y al abrir los cajones de algunos muebles encontró pedazos de encajes ajados, guantes de mujer olvidados allí, y otros vestigios de entrevistas íntimas que rechazó con repulsión. No encontró en ese tocador ninguna puerta y esto la tranquilizó.

Al lado de la chimenea y en un cesto encontró leña preparada, y cogiendo algunos troncos, colocólos sobre los morillos, no tanto para conservar el calor como para tener alguna luz, y acercándose una silla larga á la lumbre se echó para esperar la mañana del siguiente día.

Enfrente de Rosa y sobre la chimenea veíase un retrato de mujer. Parecía ésta joven y sonreía, pero con una sonrisa fría y melancólica, y sus hombros de nivea blancura y un tanto huesosos resaltaban sobre el fondo oscuro de su escotado vestido.

Fijándose en su triste mirada, dijérase que presentía la decadencia inminente de su raza, y deploraba de antemano las locuras del Marqués, porque aquel retrato era de su madre.

Rosa luchó largo rato contra el sueño, intentando que éste la venciera lo mismo que el cansancio producido por el viaje, y sobre todo por las emociones.

Y después de contemplar con apagada mirada las bujías que se consumían y el fuego que se convertía en brasas y luego en ceniza, quedóse dormida.

De pronto oyóse un ruido de madera acom-

pañado de un crujido de tela, y Rosa se incorporó sobresaltada.

Su rubia cabellera medio despeinada caía sobre sus hombros y el cuello que se le había desabrochado. Apoyó las manos en los brazos de la silla larga y escuchó atentamente como la corza á la que alarma el ruido de las hojas ó el cercano ladrido de un sabueso impaciente.

La luz de la naciente aurora iluminaba con indecisas tintas la habitación; la luna habíase ocultado en el horizonte, y las ascuas de los leños sólo despedían un rojizo resplandor, y esto sucedía á eso de las cuatro de la madrugada.

Creyó Rosa que era una ilusión de sus sentidos y se dispuso á continuar su sueño.

De pronto fruncióse su entrecejo, porque en un espejo colocado en la pared de la chimenea, y sobre el retrato de la Marquesa de Breynes acababa de ver que se dibujaba una sombra; la del Marqués cuya mano se apoyaba en el respaldo de la silla larga.

—¡Sois vos!—murmuró apretando los dientes.

—Sí, yo,—contestó en voz baja Roberto.

Púsose Rosa en pie con un rápido movimiento y se apoyó de espaldas en la chimenea.

—¿Qué venís á hacer aquí?

—Conté demasiado con mis fuerzas,—contestó el Marqués,—y saber que estáis tan cerca de mí, no veros ni hablaros, no poderos repetir que os amo, que os adoro, que no

puedo vivir sin vos es empresa superior á mi voluntad. ¡Tened compasión de mí, Rosa, y acordáos de que mi único crimen es el de no poderos apartar ni un momento de mi mente! ¡Escuchadme!

—¡A estas horas!

—¿Qué me importa la hora y el lugar? Si os hice una promesa y no puedo cumplirla, porque me abrasa la sangre. Estamos solos, y este instante decidirá mi salvación ó mi perdición. Tenéis mi vida en vuestras manos.

—¡Comedia!

—¡No, comedia no, y si un sufrimiento intolerable! ¿Por qué me rechazáis? ¿Por qué maldita fatalidad, cuando me presento ante vos cual pudiera hacerlo un esclavo pronto á haceros toda clase de concesiones para congraciarme con vos, me tratáis como á un paria indigno de vuestro amor? ¿Por qué rechazáis el apellido y el título que os ofrezco?

Acercóse el Marqués un paso más y se expresó con mayor vehemencia.

—¡Amáis á un rival desconocido! Os aseguro que no veré su triunfo, pues no se dirá nunca que yo, marqués de Breynes, humillé mi orgullo á los pies de una mujer para que ésta me posponga á cualquier záfio vendedor de los que pueblan el Mercado.

Dirigióle Rosa una mirada dura.

—¿Por dónde entrastéis aquí?—preguntó.

Roberto no respondió.

—Habéis tomado muy bien vuestras medidas y todo estaba previsto, incluso esta sorpresa.

—¿Y aún cuando así fuese, no sería la prueba de un gran amor que ante nada retrocede con tal de llegar á la consecución de su objeto? Sí, lo confieso, Rosa, deseo poseeros, y os amo tanto, que no vacilaría en cometer un crimen con tal de conseguirlo.

—¿Decís que sois capaz de cometer un crimen? ¡Pues bien, matadme! Soy una débil mujer, estoy en vuestro poder, ni aún siquiera me queda el recurso de arrojarme por una ventana, porque éstas tienen rejas como las de una cárcel, y sin embargo, os juro que mientras aliente no conseguiréis de mí lo que os proponéis!

—¡Mientes!—exclamó exasperado el Marqués.

Rosa se cruzó de brazos y esperó y Roberto se arrodilló á sus pies.

—No me creas, cuando la cólera hace que se me escapen esas palabras, me juzgas mal y soy incapaz de permitir que sufras lo más mínimo. No pienso molestarte más con vanas súplicas que á mí mismo me hacen enrojecer, ¡nunca me humillé tanto delante de una mujer!

—¡Mataros!

—¿Crees que sería tan difícil porque me ves tan humilde y cobarde delante de tí? ¿Crees que haría lo mismo ante un peligro? Soñé con la felicidad, y á tu lado hubiérame parecido la vida el colmo de las dichas, y tú, encantadora mujer, haces que sea insostenible para mí. Quiero librarme de ese peso, ¡oh! eso se hace pronto, ¡un momento

de valor y una bala en la cabeza! y así se libra uno de penas para siempre, y más adelante te pesará el haberte mostrado tan cruel.

Este lenguaje turbó á Rosa, porque el Marqués hablaba con mucha sencillez, con frases entrecortadas como un amante dominado por violenta pasión.

Roberto comprendió que Rosa vacilaba.

—Si amas,—la dijo,—no quiero disputar tu posesión á nadie; pero si no quieres á nadie, no podrás menos de comprender que es un porvenir magnífico el que te ofrezco, ¡acuérdate de tu madre!

—¡De mi madre!

—Sí, ¡piensa en lo feliz que sería viéndote rica, considerada y por cima de esas mil diarias privaciones que consumen vuestra vida! ¡Sí, quiero que acabe esa triste existencia en que tanto sufre vuestro orgullo, y en la que si el presente es duro, el porvenir es incierto é inseguro! Acuérdate de tí misma, de tu belleza que se agostaría en tan ingrato trabajo, y de tu juventud, que podría ser tan feliz, cuando por el contrario, es hoy tan triste y monótona! Déjame que te haga feliz ahora y siempre con una sola palabra, y juro amarte y cifrar en tí todas mis ambiciones y mis esperanzas, y si demuestro tanto ardor suplicándote, es porque defiendo dos bienes para mí inestimables: ¡la felicidad y mi salvación!

Expresábase con acento apasionado; y Rosa escuchábale muy pensativa.

—Dejadme que lo piense.

—¿Mucho tiempo?

—¿Cuando me devolveréis mi libertad?

—Según lo que decidáis, pasado mañana podréis volver á París, y si me rechazáis, volveréis sola, porque yo no iré jamás.

Habiase hecho de día y la luz de un sol hermoso y despejado entraba á torrentes en la habitación.

—Separémonos y pronto os responderé,— dijo Rosa.

Su voz habiase dulcificado y contemplaba sin cólera al Marqués. Retiróse éste con paso vacilante é inclinada la cabeza como abrumado por el peso de un amor superior á sus fuerzas.

—¿Será sincero?—se preguntó Rosa.

El ruido de la puerta que se cerraba con cuidado recordóla que estaba presa.

Acercóse, arrimó la cabeza y oyó al Marqués que atravesaba el corredor, bajaba la escalera y abrir y cerrar la puerta de entrada, lo que era una prueba de que debía haber salido.

Pasada la emoción que la produjo esa entrevista en la que Breynes apeló á los acentos más patéticos para conmoverla, pensó Rosa en lo más conveniente para su defensa.

Dió la vuelta alrededor del cuarto, examinando con mucha atención las tapicerías y la cretona de los adornos, buscando un indicio y no lo encontró, hasta que al cabo se detuvo en el cuarto tocador en un punto que la pareció sospechoso. Las paredes de

ese cuarto estaban tapizadas con una tela gruesa, y Rosa vió en un sitio en que daba la luz de lleno, que la tela parecía más ajada que en el resto, y en un ángulo algo semejante á una rendija.

■ Aquella era una puertecilla de escape, que por otra parte no tenía nada de secreta, y Rosa apoyó la mano en un pomo que estaba oculto detrás de la tapicería, y la puerta abrióse sin dificultad y sin hacer ningún ruido. El cuarto tocador comunicaba con otra habitación tan grande como la que ocupaba Rosa, pero amueblada con un gusto más severo. Adornaban sus paredes tableros de tallada encina, y la cama estaba intacta, lo que probaba que el Marqués no se había acostado. No se veía allí ningún desorden, y lo mismo que en la antecámara consumíanse en la chimenea los restos del fuego y un sillón estaba á su lado.

El primer pensamiento de Rosa fue el de buscar un arma cualquiera, una pistola, un cuchillo; pero por más que buscó no encontró ninguna.

Después de mucho buscar encontró una llave en un sortijero de malaquita. Aquella era la de la papelera, y el corazón latióla con fuerza á Rosa creyendo iba á encontrar lo que buscaba.

La decepción que experimentó fue grande, porque no halló ni cuchillo ni pistola, ni siquiera un mal cortaplumas; los cajoncitos estaban casi vacíos y sólo vió algunos cigarros y guantes olvidados.

En el último cajoncito que abrió vió una cartera de bolsillo encima de un desordenado montón de papeles mezclados con algunas fotografías y retratos de mujeres. Tuvo miedo de que alguien la sorprendiese y se acercó á la ventana, y en el fondo del parque vió al marqués de Breynes paseándose sólo mientras que al otro lado y reunidos delante de las cocheras pasaban el rato charlando los criados.

Segura de que nadie la interrumpiría, acercóse otra vez á la papelería y examinó las fotografías.

Una de ellas representaba una joven muy rubia en traje de baile, y al respaldo tenía la siguiente fecha y dedicatoria:

16 de junio

¡Al amado de mi alma!

ELENA.

Los demás retratos pertenecían á varias actrices y mujeres á la moda de esas que alcanzan en algunas épocas gran notoriedad.

Asustóse Rosa de su audacia y disponiase á retirarse, cuando atrajo sus miradas un papel más grueso que los demás, en el que leyó con gran asombro un nombre escrito con una letra grande y clara, una firma en fin.

ANTONIO MONTEL.

¡El nombre del Médico!

¿Qué clase de relaciones podían existir entre el Médico y el Marqués?

Con un movimiento febril, atraída Rosa por fuerza irresistible, cogió el documento y empezó con ansia indecible su lectura:

¡Esta es mi confesión y mi testamento!

A las pocas líneas vió un nombre conocido, el de Jorge de Kerhoët.

No quiso luchar contra los deseos que la dominaban de cometer lo que consideraba como una violación de los secretos de los demás, porque la curiosidad fue más poderosa que ese respeto. A medida que iba enterándose de la confesión del Médico comprendía que la interesaba mucho aquel drama de familia, y al llegar á la fecha del 27 de marzo, ya no tuvo la menor duda y tardó muy poco en saberlo todo.

Era hija de la condesa de Kerhoët, y como tal tenía derecho á una parte de la cuantiosa fortuna de su madre, y esa fortuna era la que el marqués de Breynes codiciaba, siendo la ambición lo único que le impulsaba á representar esa odiosa comedia de amor en la que en algunos momentos estuvo en poco que no creyese, pues experimentó tentaciones de hacerlo.

Casi en el mismo momento se la ocurrieron otras reflexiones.

¿Cómo era posible que semejante documento se hallase en poder del Marqués?

Debía haberlo robado, pues no era creíble que lo hubiese confiado á un hombre al que apenas conocía, siendo indudable que debía su posesión á una acción criminal, ó á lo menos á una casualidad.

Ese pensamiento fue la explicación de lo repulsivo que le era el Marqués, y le sirvió para comprender en qué se fundaba la atracción que experimentaba hacia Jorge de Kerhoët su hermano.

Desesperada llevóse las manos á la cabeza creyendo volverse loca, y así permaneció hasta que oyó un ruido de pasos que haciendo crujir la arena del parque la distrajo de sus cavilaciones.

Una mirada la bastó para concluir la lectura de ese documento.

Ruego á Rosa que me perdone, y para indemnizarla en lo posible, la instituyo por la presente mi heredera universal.

¡Si esto era cierto, aquel documento la pertenecía! ¡Ese testamento hecho en su favor era de su propiedad!

Doblólo rápidamente y se lo guardó en el pecho, cerrando bruscamente los cajoncitos de la papelera, echó la llave en el sortijero y se volvió á su cuarto por el mismo camino.

Quiso encerrarse allí, pero no pudo lograrlo, porque el cerrojo de la puerta del cuarto tocador, ó no existió nunca, ó lo habían quitado con deliberada intención, no quedando ni rastro de su existencia. En pocos minutos arreglóse la despeinada cabellera, lavóse la

cara y volvió á ocupar su sitio en el sillón delante del fuego, al que echó dos ó tres leños más.

El ruido de un coche que pasaba por delante del pabellón hizola levantar la cabeza, y acercándose á la ventana vió que se alejaba el landó arrastrado por un vigoroso tranco. Los dos criados ocupaban el pescante, de modo que en el pabellón sólo quedaba el guarda, el anciano sirviente al que Breynes transmitía sus órdenes, y que sin duda era un hombre de confianza, un ser capaz de todo.

Oprimiósele el corazón, ¿qué iba á ser de ella?

No se atrevió á hacer ni un movimiento, temiendo á cada instante ver al Marqués presentarse á su lado, pero no se presentó

XVI

A eso de las doce llamaron á la puerta, de la que habían descornado el cerrojo, ¿para qué servía esto si podían entrar en su cuarto por otras puertas?

El que llamó fue el criado para su plicarla que bajase á almorzar al comedor. Rosa se había fijado hasta entonces en el guardian, que era un hombre de unos cincuenta años, con ese rostro ladino, pero no exen-